



CONGREGATIO PRO CLERICIS

XVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO - AÑO C

Citas:

Gen 18,1-10a:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abtfsr.htm

Col 1,24-28:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bfdofa.htm

Lc 10,38-42:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9b0xucj.htm

Las lecturas de la Liturgia de la Palabra de hoy, nos llevan a considerar el misterio de la revelación de Dios y la respuesta del hombre a ella; una respuesta que es suscitada por la gracia, que es la fe.

En la primera Lectura, Abraham recibe la visita de tres misteriosos personajes. Se sabe, por diversos comentaristas clásicos, que se trata de un evidente preanuncio de la revelación trinitaria, que será efectivamente desarrollada en el Nuevo Testamento; para otros autores, no obstante –entre ellos, San Agustín- sólo la identidad de uno de los tres personajes correspondería a Dios, o sea, al Verbo, siendo los otros dos simplemente ángeles que acompañan al primero (esta solución parecería preferible, en principio, a lo que sigue en el texto bíblico, aunque las dos interpretaciones podrían armonizarse).

Más allá de estas importantes anotaciones, lo esencial del relato es que se trata de una teofanía, de una manifestación de Dios. No es el hombre el que consigue abrir una brecha entre las nubes para alcanzar el conocimiento de Dios: es Dios quien se revela al hombre. Esto no quita para que la filosofía haya encontrado vías razonables para demostrar la existencia de Dios y algunos de sus atributos, pero el conocimiento pleno de Dios, en cuanto tal conocimiento es posible en esta vida, es ofrecida solo por Dios mismo por una revelación sobrenatural (revelación divina).

La segunda lectura confirma todo esto, incluyéndolo en la categoría “misterio”. Escribiendo a los colosenses, San Pablo define su ministerio como “misión que me ha sido confiada por Dios para vosotros, de llevar a cumplimiento la palabra de Dios, el misterio escondido por los siglos y por generaciones, pero ahora manifestado a sus santos. Dios quiere hacerles conocer a ellos la gloriosa riqueza de este misterio en medio de los gentiles: que Cristo esté en vosotros, esperanza de la gloria”.

En el lenguaje común de hoy, misterio señala un conocimiento oscuro, esotérico. Pero en la Escritura es diferente. San Pablo dice – ciertamente – que la palabra de Dios es misterio escondido por los siglos, pero enseguida añade: “ahora manifestado”. ¿A quién? “a sus santos”, es decir, a sus fieles. Dios quiso que ellos conocieran ese misterio en medio de los gentiles, en la Persona de Jesucristo.

Hay que notar, en primer lugar, acerca del misterio neotestamentario, que no se trata de un conocimiento esotérico, ni mucho menos de un no conocimiento, sino de un conocimiento que solamente es posible tener si Dios lo concede de lo alto. Y Dios ha hecho esta concesión de un modo perfecto en Cristo, Verbo encarnado.

Un segundo aspecto que hay que destacar es que, en la mentalidad común, se piensa que desde el momento en que un misterio es desvelado, ya no es tal. Primero era misterio, o sea, secreto, pero una vez que ha sido desvelado, el misterio ha desaparecido. Pero san Pablo enseña otra cosa. El Apóstol dice que ahora el misterio ha sido revelado a los santos. No dice que aquello que antes era un misterio, ahora ya no lo es porque fue desvelado. Dice, por el contrario, que el objeto de este “desvelarse” es, precisamente, el misterio, que ha sido desvelado como tal. En otras palabras, la revelación de Dios no suprime el carácter misterioso de Dios, sino que lo repropone. El misterio de Dios, antes escondido, ahora es conocido en cuanto misterio. Y el contenido de esta revelación es Dios en sí mismo y el plan que Él tiene para con el mundo y el hombre, plan que encuentra su ápice y definitivo cumplimiento en Jesucristo, misterio central y fundamental del hablar y del actuar de Dios en el tiempo.

Cuando hemos dicho hasta así se puede resumir con la fórmula: “cuando Dios se revela, se le debe la obediencia de la fe” (Conc. Vat. II, *Dei Verbum*, n. 5). El hombre, en cuanto que es el destinatario de la revelación sobrenatural y gratuita de Dios, es receptor o escucha de la palabra del Señor. El Doctor de la Iglesia san Juan de Ávila, le escribe a una hija espiritual: “Si has escuchado bien lo que hemos dicho hasta aquí, te habrás dado cuenta de hasta qué punto es necesario, para agradar a Dios nuestro Señor, estar a la escucha” (*Audi filia*, cap. 56).

La actitud fundamental del cristiano, está remarcada también en la página del evangelio de hoy, que nos trae el episodio de Marta y María. Si ciertamente el servicio amoroso de Marta es agradecido y bendecido, aún más importante es la escucha de María. Se tiende a ver una completa contraposición entre las dos actitudes de las hermanas. Pero debemos notar que la culpa de Marta no es la del quehacer para servir a Jesús en cosas concretas, así como el mérito de María no es el de estar sentada a sus pies sin trabajar. El mérito de María ha sido escuchar. Marta, presumiblemente, habría podido dedicarse virtuosamente a las actividades domésticas, si al mismo tiempo hubiera escuchado al Maestro. El reproche de Jesús no se refiere tanto al hecho de que Marta trabaje: más bien, el Maestro le reprocha que haya trabajado haciendo oídos sordos a la palabra de Jesús. Hay sin duda diversas vocaciones y diversas ocupaciones en la Iglesia. Lo importante es desarrollarlas permaneciendo siempre a la escucha del Señor.